

nuestras prácticas culturales puede ayudarnos a imaginar otro modo de globalizarnos" (p. 100). No se trata de convertir la cultura en salvavidas de identidades amenazadas, sino de valorar la cultura como una oportunidad. Ésta es la apuesta, desarrollar visiones más atentas a las complejidades socioculturales de nuestras naciones, a los fines de poder imaginar otra globalización, otros intercambios, otros escenarios, otro futuro.

Pablo Yankelevich  
INSTITUTO MORA

José Luis Orozco, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos. Aproximación al globalismo norteamericano*, FCPYS-UNAM/Gedisa, México, 2001, 254 pp.

Retornar a la historia de las ideas para desentrañar las realidades nacionales de poder, presión y decisión es el camino que eligió José Luis Orozco para ir más allá de los cánones académicos clásicos de la disciplina de las relaciones internacionales. Su objetivo principal, dejar hablar a personajes representativos que a lo largo de coyunturas históricas claves fijaron el sentido y configuraron la política exterior estadounidense.

Se trata de lo que el autor define como los teólogos, los pragmáticos y los geopolíticos que legaron (por medio de la acción personal, el púlpito, el periodismo, los debates, las arengas, las relaciones epistolares, las memorias, las notas diplomáticas y los tratados) la manera de entender la política exterior y la política interna y la forma como éstas se entrelazan.

Para explicar y encontrar el sentido profundo de la política exterior estadu-

nidense se recorre la secuencia histórica a lo largo del siglo XIX y los primeros años del XX, desentrañando los niveles metapolíticos, macropolíticos, mesopolíticos y micropolíticos en los que se mueve la hegemonía estadounidense, que se alimenta recíprocamente de la teología del dinero, la fe, los negocios y el poder.

Benjamin Franklin, Alexander Hamilton, Thomas Jefferson, Andrew Jackson, Henry Clay o William Seward constituyen el eje de análisis de las tradiciones geopolíticas originarias de la política estadounidense. Destaca también James Monroe, cuyo razonamiento doctrinario es caracterizado por el autor como francamente arbitrario: si una América es libre, si la principal es libre, las demás Américas han de ser libres gracias a la fuerza y al ejemplo de la libertad de la primera, compartan o no su sentido liberal, decía Monroe.

Pero José Luis Orozco va más allá. En la afirmación de Monroe que establece la imposibilidad de que las potencias aliadas puedan extender su sistema político a cualquier continente sin poner en peligro la paz y la felicidad de Estados Unidos, encuentra el concepto futuro y dogmático de la seguridad nacional estadounidense. En las conclusiones de esta pieza doctrinal, dice el autor, se descubre un corolario del realismo geopolítico más elemental.

Para los estudiosos de América Latina, este libro es fundamental, pues nos permite entender el curso del imperativo expansionista de la política exterior estadounidense y las transfiguraciones del destino manifiesto que tienen lugar después de la guerra de Secesión, en boca y manos de algunos personajes.

Si bien Henry Cabot Lodge agradece la misión cumplida del destino manifiesto demócrata que estableció visionariamente

la unidad histórica permanente entre bienestar nacional y política exterior, también censura a los demócratas por haber abandonado, bajo la influencia del libre-cambismo, el principio cardinal de su política exterior: el de empujar hacia adelante las fronteras de Estados Unidos.

Sin embargo, una vez alcanzado el océano Pacífico, el cálculo geopolítico debía ser diferente. “No deseamos extendernos hacia el sur, porque ni la población ni las tierras de América Central y del Sur serían adiciones deseables para Estados Unidos”, dice Lodge. Se trata de lo que José Luis Orozco define como un imperio selectivo que asocia el comercio, la navegación y la guerra, lo que conlleva la exigencia de un canal fortificado en Nicaragua y hace de Cuba una necesidad.

El expansionismo estadounidense de la posguerra civil es entonces definitivamente estatista, proteccionista, impulsor industrial y militarista, y responde a las exigencias de una cultura empresarial que se manifiesta en su trayectoria como un paradigma de evolución natural, intelectual y moral.

José Luis Orozco analiza el fin de siglo y argumenta cómo esta época, más que ninguna otra, requería de videntes y geopolíticos que escrutaran y pronosticaran el siglo xx. La figura maestra de la geopolítica de la época es Alfred Thayer Mahan, cuya vida militar activa se remonta a la aplicación de la Doctrina Monroe en el México de 1865 y 1866.

Para Mahan, la política inmediata y equilibradora del poder fija su atención sólo en cuestiones internas y económicas, lo que constituye una política francamente miope. Asimismo, los clamores del derecho internacional y la paz a cualquier precio parecen ensombrecer, desde su

punto de vista, los imperativos científicos del armamentismo y la preparación militar.

La vuelta de la marea de la historia hace que el deber de Estados Unidos consista en aproximar los dos grandes océanos en el istmo centroamericano, afirmaba Mahan. El futuro canal que atravesaría Panamá o Nicaragua y se extendería hacia el mundo aparece entonces como la consagración histórica, civilizatoria, teológica y tecnológica de una obra vital curtida en la experiencia naval y bélica, y se anida en la reflexión geopolítica a la que acuden los círculos mundiales del poder.

Orozco destaca la fe de Mahan a mirar a su alrededor como una manera para iluminar las sombras aislacionistas interpuestas entre Estados Unidos y su manifiesta misión mundial. La grandilocuencia teológica y metafísica de Mahan se revela en 1890 cuando proclama que, lo quieran o no, los estadounidenses deben empezar a mirar hacia afuera. La posición de Estados Unidos en medio de los dos viejos mundos y los dos grandes océanos, dice Mahan, formula el mismo reclamo, el cual será fortalecido por la creación del nuevo eslabón que una al Atlántico y al Pacífico: el canal interoceánico.

Mahan es definido por el autor como un hombre pragmático al que no le cabe duda de la entreveración de lo económico, lo político y lo ético por la vía de una voluntad geopolítica superior e inescrutable. Para Mahan, el imperativo geopolítico ineludible se resume en una frase: si no avanzamos, retrocedemos.

Un personaje más que nos permite entender las razones, los intereses y los problemas que genera la inserción definitiva de Estados Unidos en la trama hegemónica mundial es William McKinley. En

medio del rompecabezas idealista, positivista y darwinista del derecho internacional establecido, irrumpe la nueva potencia y su estilo diplomático empresarial.

Al lado de las doctrinas y las teorías formalizadas —argumenta el autor—, será necesario insertar el juego de las presiones y los intereses y diseñar con mayor informalidad una estrategia expansionista a la medida del potencial militar real, de las administraciones residentes y de los compromisos políticos del viejo colonialismo.

El imperialismo beligerante de Theodore Roosevelt tiene sustento en la máxima olvidada de George Washington de prepararse para la guerra como el medio más efectivo para promover la paz. La expansión y la paz van entonces de la mano al imponer la ley, el orden y la rectitud sobre la violencia sangrienta. Para Roosevelt, toda la historia nacional estadounidense ha sido una historia de expansión.

Los binomios rooseveltianos del idealismo y el realismo, de la moralidad y la eficiencia, su política del gran garrote y su corolario a la Doctrina Monroe constituyen los ejes de la política exterior estadounidense de los primeros años del siglo XX, todo ello en el marco de una geopolítica regional basada en la creación de esferas de interés. Al concluirse el canal de Panamá, decía Roosevelt, toda América Central se volverá parte de nuestro sistema.

En 1909, William Howard Taft le impone un viraje a la política exterior para “compartir” con América Latina “la felicidad y la prosperidad” de Estados Unidos. Orozco destaca el interés de Taft por garantizar la inversión de capital en otros países, vender los productos estadounidenses en los mercados extranjeros y

proteger a los ciudadanos y los intereses de Estados Unidos cuando fuera necesario.

Para Taft, las arterias del comercio debían ser limpiadas de coágulos inconvenientes, como José Santos Zelaya, quien desde Nicaragua se negaba a aceptar la imposición de la hegemonía estadounidense en el istmo. La intervención se justifica entonces con el argumento de salvaguardar la seguridad y la paz en una zona cercana al canal, y con el fin de proteger las inversiones ferrocarrileras y bananeras. De este modo, afirma el autor, el ajedrez político centroamericano se encontraba entonces bajo relativo control, lo que le permitió a Taft consolidar la ecuación de la estabilidad política y la solvencia económica de la “diplomacia del dólar”.

José Luis Orozco lanza al final de su libro una gran pregunta: ¿cuántos finales sin gloria aguardan todavía la aventura estadounidense, hoy llamada globalización? Paradójicamente, la respuesta se encuentra unas páginas antes, en palabras de Herbert Croly, a quien el autor califica como el filósofo político esencial del siglo XX estadounidense. En 1922, Croly vaticinaba:

Si sus líderes espirituales no logran ponerse de acuerdo sobre por qué la sociedad moderna es tan ingobernable, y si no pueden aportar para sus gobernantes algún entramado de verdad política, económica y religiosa que coordine las actividades humanas sin la responsabilidad humana dirigiéndolo todo, entonces el siglo que viene será de seguro un periodo de desintegración y frustración.

Casi 100 años después, la marea de la historia plantea de nueva cuenta a Estados Unidos el reto de transformar los conflictos de interés humano, como decía Lippmann, con formas menos absurdas que la

de masacrar hombres, utilizando los métodos de la política por encima de los métodos de la guerra.

Mónica Toussaint  
INSTITUTO MORA

Luis G. Zorrilla, *Relaciones políticas, económicas y sociales de México con el extranjero*, Luis G. Zorrilla, México, 1993-1996, v tomos.

Las relaciones internacionales de México son una parte determinante de la realidad de la sociedad de este país. La historia de estas relaciones ha llevado a cuestionar, no siempre de la manera más fácil y clara, el vínculo del acontecer político, económico y social interno y externo. Ello sucede por varias razones entre las que resalta la tradición de una historia diplomática no siempre aceptada como parte del estudio de las relaciones internacionales, donde esta última es considerada una disciplina en proceso de construcción. Por tanto, a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, las cuestiones del devenir interno o externo aparecen generalmente si no aislados, sí formalmente distantes, y con puntos de encuentro casi inexistentes. Tal reto lo afronta el embajador Luis G. Zorrilla en la obra aquí comentada. Este diplomático de carrera lleva al lector a identificar, mediante una descripción cronológica y temática de más de 200 años, muchos de los puntos del devenir nacional que salda, en buena parte, la insuficiencia antes aludida.

Como en sus anteriores trabajos, ahora se denota la disciplina y el rigor metodológico en el estudio de cientos de expedientes del Archivo Genaro Estrada de la

Secretaría de Relaciones Exteriores bajo la tradición empírica y descriptiva, sin explícitas intenciones interpretativas o de análisis teórico. Sin embargo, en sí misma, esta obra resulta ser una fuente documental de obligada revisión cuyo interés implícito es emprender una reiterada valoración de la historia de la política exterior mexicana. Tal objetivo no rompe con muchos de los esquemas historicistas, mas ello mismo es un punto de partida para poder considerarse fuente documental donde se va integrando una visión dialéctica entre el acontecer nacional y el externo. ¿Así lo entiende el autor? No lo sabemos. No obstante, en el estudio de la historia de las relaciones internacionales, una obra de estas características es un aporte a la consolidación de la propia disciplina.

A lo largo de cinco tomos, se emprenden la labor de entrelazar la vida interna y exterior de México desde una doble perspectiva: la revisión histórica general del país y la labor diplomática nacional. En especial se aborda la política exterior de México, valiéndose de documentación primaria oficial, la cual sigue siendo una fuente histórica de gran valor que se multiplica por los índices onomástico, geográfico y analítico. El recorrido temporal parte desde la segunda mitad del siglo XVIII donde pueden ubicarse las transformaciones del imperio español e identificarse el arribo de la naciente república mexicana al concierto internacional. Ahí son narrados los procesos de reconocimiento de la propia nación y las vicisitudes de la fragmentación territorial de la antigua América española. El primer tomo termina su análisis hacia 1840 y trata asuntos multilaterales, esencialmente, con los países latinoamericanos.